

El sufrimiento en el Pensamiento Viktor Frankl

The suffering in the Thought of Viktor Frankl

*Lucy E. Sarabia Bejarano**

Escuela Profesional de Ciencias de la Comunicación,
Universidad de San Martín de Porres, Perú

Recibido: 14 de diciembre de 2022

Aceptado: 16 de enero de 2023

Resumen

El sufrimiento, tema de difícil definición e incluso delimitación, porque si bien es parte de la experiencia de vida, no se puede señalar categóricamente hasta qué punto el ser humano debe sufrir o no sufrir; además, es preciso notar que una pequeña eventualidad o sufrimiento para un ser humano puede ser un gran sufrimiento para otro. Es, a partir del pensamiento de Viktor Frankl, que es posible establecer diferencias entre sufrimiento y dolor físico, y destacar que son diferentes conceptos; depende de la magnitud de este último para ser considerado sufrimiento. En la presente investigación se sigue el método propio de las ciencias teológicas, de análisis hermenéutico, documental y descriptivo.

Palabras clave: ansiedad, angustia, estrés, dolor, logoterapia, sufrimiento.



Abstract

Suffering as a theme is difficult to define and even delimit. It cannot be said to what extent the human being must suffer or not suffer. It is noteworthy that a small eventuality that can be caused by anxiety or stress can be a great suffering for one person while it becomes a simple pain for another. But from the thought of Viktor Frankl, and his logotherapy, we can affirm that suffering and physical pain are two different things and that it will depend on the magnitude of the latter to be considered as suffering. For this research, the method of the theological sciences, of hermeneutic, documentary and descriptive analysis, has been followed.

Keywords: anxiety, angst, stress, logotherapy, pain, suffering.

Introducción

El sufrimiento, tema a desarrollar en este trabajo, es difícil de conceptualizar e incluso de establecer delimitaciones. Siendo parte de la experiencia de vida, no se puede decir hasta qué punto el ser humano debe sufrir o no sufrir. Es de notar que cada ser humano puede percibir diferentes grados de sufrimiento, mientras que para algunos una adversidad es motivo de gran sufrimiento para otros no lo es. En algunos casos se confunde con dolor físico, pero son dos situaciones distintas y depende de la magnitud del dolor para ser considerado sufrimiento.

En la revisión histórica estos dos términos, sufrimiento y dolor, son utilizados como sinónimos, por lo general asociados a enfermedad. En las sociedades antiguas se mezclaba lo profano y lo sagrado, se concebía el sufrimiento con sentido espiritual, siempre relacionándolo con la divinidad; las personas consideraban que la enfermedad era un sufrimiento como consecuencia de un castigo obtenido por haber cometido pecado. En algunas religiones, como el hinduismo, budismo, islamismo y las diferentes tradiciones africanas se encuentran explicaciones similares; es decir, el sufrimiento se da por motivo de la culpa y está íntimamente relacionado con la divinidad; solo en el budismo se afirma que el sufrimiento es posible superarlo con una acción meramente humana.

En el cristianismo también se menciona la culpa asociada al pecado original. Según sus preceptos el sufrimiento encuentra solución mediante la palabra revelada de Dios, la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento se plasma el sufrimiento de Job; en un primer momento el sufrimiento se presenta como una gran desventura, pero al final esto hace de él un mejor hombre, más cercano y amado por Dios Padre. Mientras que en el Nuevo Testamento se presenta a Jesucristo pasando por el sufrimiento y demostrando que este padecimiento conduce a reafirmar la fe. Como ejemplo claro se tiene a los Padres de la Iglesia.

En tiempos actuales, es sorprendente observar que el ser humano se encuentra solo concentrado en asuntos del ámbito económico, político y otros, con impresionantes avances en la ciencia y la tecnología; logrando superar una serie de obstáculos en su día a día, sobre todo, aquellos que lo lleven a evitar el sufrimiento a toda costa. En su afán diario y persecución de objetivos, ha desplazado a Dios y se ha dedicado a satisfacer sus necesidades, invirtiendo todas sus energías en conseguir lo que llaman fortalezas y estatus. Pero, en esta lucha, él mismo se ha perdido, se ha debilitado, prácticamente ha perdido el sentido de la realidad, de quién es, lo más importante, ha perdido el sentido de su propia vida.

No obstante, existen estudios y trabajos de personalidades, como Víctor Frankl, quien desarrolló la *logoterapia*, en la que se postula que «en el fondo, el hombre está impregnado de una voluntad de sentido» frente a una sensación de vacío o simplemente la falta de algo. En esta propuesta de Frankl (2000) se consideran cinco áreas:

La primera está dirigida a aquellos que sufren de una neurosis noógena la segunda área está indicada en los casos de neurosis psicógena, la tercera área de indicación la logoterapia deja de ser una terapia por la sencilla razón de que no solo tiene que ver con dolencias somatógenas, sino también, con enfermedades somatógenas incurables, la cuarta área de indicación la logoterapia deja de ser tratamiento médico, a pesar de que también contempla dolencias y enfermedades incurables nos enfrentamos a fenómenos sociógenos como el sentimiento de falta de sentido, el sentimiento de vacío y el vacío existencial,

la quinta área de indicación, la logoterapia, confrontada con la duda y la desesperación sociógena alrededor del sentido de la vida, esta entregada no al tratamiento médico de enfermos, sino a la atención humana de personas dolientes. (pp. 135-137)

Es una psicoterapia en la que se utiliza la técnica de la intención paradójica, y se vale también del análisis existencial, específicamente el de la conciencia.

La logoterapia suele atender no solo la voluntad de sentido, sino también, la voluntad de lo que se llama un último sentido, la fe religiosa, una fe y una confianza en este ser último. El ser humano en el fondo de su conciencia y en el fondo de su ser, tiende hacia un sentido último. Durante su vida puede aceptarlo o no aceptarlo, creer que es verdadero o falso, pero hasta el final de su vida va tender a un sentido. Precizando, mediante la logoterapia es posible acercarse a las personas que sufren, ya sea por una enfermedad, porque no encuentran un sentido a su vida o porque están cercanos a la muerte.

Desde esta perspectiva, de la bioética, el presente trabajo se centra en el modo que las personas se enfrentan al sufrimiento, sobre todo al dolor que atraviesan los enfermos. No se trata de la aplicación de una terapia en la relación médico paciente, sino de considerar todo el contexto de la persona que sufre, más aún si se trata de una enfermedad terminal.

Juan Pablo II (2004), en su encíclica sobre el sufrimiento, refiere que no es una cuestión meramente física y natural; el verdadero sentido del sufrimiento es un misterio que abarca a todo el hombre, en su doble dimensión, humana y sobrenatural. Cuando una persona sufre sus capacidades físicas e intelectivas reaccionan, todo su ser quiere una explicación, y busca no solo el aliviar o eliminar el dolor con una u otra terapia médica. Como lo indica Frankl (2000) busca «un sentido», una respuesta al por qué de este mal.

Aspectos generales

Escuchar la palabra sufrimiento puede generar una sensación de temor porque es algo con lo que nada o poco se puede hacer. Surgen interrogantes: ¿por qué?, ¿cómo se puede combatir o evitar este sufrimiento? Al menos, alguna vez, todas las personas lo han experimentado, han sentido que el esfuerzo humano llega a su fin y sucede aquello que no se desea.

No hay límites exactos entre sufrir y no sufrir, pues si se tiene miedo a una situación de sufrimiento, este miedo en sí, es un sufrimiento. No es que se hable de un dolor físico que en este momento no se tiene o nunca se tuvo, eso sería como pedir a una persona que siempre fue invidente que describa un color.

Intentando precisar, Spaemann (2004) sostiene que el sufrimiento es algo distinto del dolor físico, y el temor al dolor físico es, con frecuencia, imposible de sobrellevar. Siendo esto así, el miedo ante el sufrimiento es con frecuencia miedo del miedo; este sufrir es algo complejo.

Cuando uno experimenta un dolor físico, un malestar, una sensación de desagrado no se puede decir desde un comienzo que estas son idénticas al sufrimiento, se puede llegar a un nivel en el que se puede tolerar dolor físico, desde ningún punto de vista se puede manifestar como sufrimiento, pues tiene en la coherencia total de la vida un sentido claramente conocido, una función biológica y se acepta sin objeción. Por ejemplo, una sensación de hambre no supone ningún sufrimiento para quien sabe que en poco tiempo se sentará a la mesa a disfrutar de una buena comida. Pero, esta misma sensación de hambre sí es un sufrimiento para aquella persona que no tiene certeza de que en un tiempo razonable va a tener algo que comer. En tal sentido, esta hambre se une ahora a la incertidumbre y el miedo, lo que produce una sensación de dolor mayor. En efecto, esta sensación, el hambre, pierde su sentido funcional allí donde se convierte en una sensación más grande, entonces ya se puede hablar de un sufrimiento.

Un dolor corporal cuando llega a un cierto grado de intensidad es en sí un sufrimiento. Pero si ese dolor se va, desaparece de forma total, este dolor ya desaparecido, produce una sensación de alegría pues ha pasado. Si se

considera al dolor como un mecanismo fisiológico, y no dentro de la vida orgánica, este durará y actuará durante un tiempo con una determinada intensidad según la exigencia de su función biológica. Desde este punto de vista, un enfermo incurable ya no debería sentir dolor, porque el dolor no desempeña en él, en la práctica, ninguna función. Sin embargo, el dolor continuo, desarrolla una vida propia, llega a ser un cuerpo extraño en el ser, produciendo, en este ser, una condena a la pasividad; vale decir, «allí donde no se acierta a integrar una determinada situación dentro de un contexto de sentido, allí comienza el sufrimiento» (Spaemann, como se citó en Aguilera, 2012).

El sufrimiento visto a lo largo de la historia

Diversos investigadores han abordado este tema, atribuyéndole interpretaciones a lo largo de la historia (Arinze, 1996; Lozano, 2000). Como ya se señaló, se ha utilizado indistintamente los términos dolor y sufrimiento como sinónimos y asociados a enfermedad.

En las sociedades primitivas hay dos figuras relacionadas con el sufrimiento (que en la actualidad se han perdido), en las que se cuenta con el sufrimiento que desarrolla su rol, su función; lo que hace posible transformar, hasta cierto punto, el propio sufrimiento en actividad, ya que cada rol exige, del que lo desempeña, un cierto rendimiento; un ejemplo: la viuda. En ella se ha producido una catástrofe, mucho más grande en las sociedades antiguas, pero sobrelleva su nueva existencia, por así decir, como quien representa su rol. A ese papel le corresponde un determinado ropaje e incluso el llanto (Spaemann, 2004). Estas sociedades antiguas mezclan lo profano y lo sagrado. Este sufrimiento se interpreta con un sentido *espiritual* relacionándolo con la divinidad, de ahí la frecuente consideración de la enfermedad que conlleva a un sufrimiento como castigo, por tanto, como consecuencia del pecado.

Más tarde, aparecen médicos, como Hipócrates, que comienza a ver la enfermedad no como un fenómeno *sobrenatural*, sino como algo *físico*, es decir, natural; idea que muy rápidamente se generaliza a partir del siglo XVII, pero a pesar de todo siempre se sigue viendo como un castigo.

El hinduismo, en cambio, le da especial valor al karma, el que se relaciona directamente con el sufrimiento, según profesan «es la consecuencia de las malas acciones que se han llevado a cabo en esta vida o en precedentes reencarnaciones» (Lozano, 2000). La forma de liberarse de este karma es por medio del conocimiento de la verdad y anuncio de la palabra de Dios.

El budismo asume el dolor de acuerdo a una secuencia de ideas que se consideran irrefutables:

El problema del dolor se expresa en las cuatro nobles verdades: primera, todo es sufrimiento. Segunda, su causa es la pasión, ansia egoísta. Tercera, solo se suprime en el Nirvana, que se realiza en cierta forma ya ahora, pero plenamente solo en el futuro. Por último, el camino al Nirvana es la óctuple rectitud: de visión, de pensamiento, de palabra, de acción, de vida, de esfuerzo, de atención, y de meditación. (Lozano, 2000)

En el islamismo se toma la palabra de Dios como sagrada y, por tanto, quien se oponga a ella inexorablemente deberá experimentar sufrimiento; sin embargo, es posible afrontarlo o evitarlo con la gracia de Dios. Lozano (2000), también se refiere a «una corriente chiíta que propone el sufrimiento vicario: según este pensamiento, 'Al Hally' sería el redentor, quien murió crucificado en Bagdad en el año de 922».

En la tradición africana, según Arinze (1996), el sufrimiento es causado por los espíritus o por los antepasados a quienes se ha molestado por delitos contra la vida y demás «culpas morales» como robo, esclavitud; una vez que se identifica el espíritu ofendido se puede remediar con sacrificio.

Coinciden las religiones enunciadas en considerar la culpa como la causa del sufrimiento; para el hinduismo son las malas acciones o el karma, para el budismo es la pasión, angustia egoísta; para el islamismo es estar en oposición a la palabra de Dios, para las tradiciones africanas, la causa del sufrimiento son los delitos cometidos. Salvo la budista, cuyo pensamiento es superar el sufrimiento mediante una acción meramente humana, las demás tradiciones tienen un nexo con la divinidad (Lozano, 2000).

En el cristianismo la causa del sufrimiento es la culpa asociada al pecado original y la posible solución al problema del sufrimiento corresponde a la atención directa sobre la palabra revelada de Dios, la obediencia a las Sagradas Escrituras. En el Antiguo Testamento se encuentra a Job, y en el Nuevo Testamento, con la plenitud del triunfo sobre el mal, se encuentra el dolor de Cristo.

El sufrimiento en la revelación cristiana

En mundo bíblico

En el Antiguo Testamento

Es en el libro de Job donde aparece, con bastante claridad, cómo Dios se presenta para resolver el problema del sufrimiento: el sufrimiento, el dolor, corrigen el mal y suscitan el bien. En este libro es donde aparece el dolor y el sufrimiento no como males, sino como algo positivo, pues son fuentes del bien; lo original es como aquello que siempre venía concebido como un mal, ahora se propone como un bien desde el cual se obtiene la superación del mal y en ultimo termino, también, la eliminación del mismo dolor y del sufrimiento (Lozano, 2000).

En el Nuevo Testamento

Jesús se presenta a la humanidad, les pide observar y comprender como superar la tentación con la certeza de que el sufrimiento no es el lugar del abandono de Dios, pero sí la condición que provoca una fe más fuerte y más decidida para cumplir su tarea de amor.

San Pablo expresa sus pensamientos sobre el sufrimiento en el Nuevo Testamento:

- «Ahora me alegro de lo que sufro por Ustedes, porque de alguna manera voy completando, en mi propio cuerpo, lo que falta de los sufrimientos de Cristo, por la Iglesia que es su cuerpo» (Col 1,24).
- «Él nos consuela en todos nuestros sufrimientos, para que nosotros podamos consolar también a los que sufren, dándoles el mismo

consuelo que Él nos ha dado a nosotros. Porque, así como los sufrimientos de Cristo se desbordan sobre nosotros y nosotros sufrimos con Él, así también por medio de Cristo se desborda nuestro consuelo» (II Cor 1,4-5).

- «Por tanto, hermanos míos, les ruego por la misericordia de Dios que se presenten Ustedes mismos como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios» (Rom 12,1).
- «Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amo y se entregó a la muerte por mí» (Gal 2, 19-20).
- «En cuanto a mí de nada quiero gloriarme sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues por medio de la cruz de Cristo el mundo ha muerto para mí y yo he muerto para el mundo» (Gal 6, 14).

Remontándose a los tres primeros siglos de la Iglesia se puede reflexionar, aún más lo que San Pablo nos dice con los Padres de la Iglesia, todavía no con la integridad del pensamiento que Juan Pablo II hace algunas décadas dejó, pero ya con mucha intuición, en esos tiempos, perfiló rumbos que desde la espiritualidad del dolor enriquecen la visión del mismo.

En los Santos Padres

Según la carta de Bernabé: «El hombre es tierra que sufre; Adán fue plasmado de la tierra» (Ep. Barnabae VI, 9).

S. Cipriano dice:

Nacemos destinados a los sufrimientos y a la fatiga. En la tristeza y gemidos debemos pasar los días de nuestra vida ... quien nace y viene recibido en el albergue de este mundo comienza con lágrimas, no sabe nada y nada puede hacer sino llorar al momento de nacer. Por una previsión natural el alma inexperta se lamenta de la ansiedad y de los sufrimientos de esta vida. La alternativa, nos dice, es o aceptar de un modo pasivo y fatalístico

el sufrimiento, o bien, como una ocasión de esperanza y de amor, que es lo cristiano. (S. Cipriano, *Ad Demetrianum*, 18-19)

S. Irineo dice:

¿Cómo podría el hombre aprender a ser débil ... y mortal por naturaleza, mientras Dios es inmortal y potente, si no tuviese experiencia de una y de otra cosa? No está mal comprender la propia debilidad soportándola; es un bien no errar sobre lo que sea la propia naturaleza. (S. Irineo *Adversus Haereses*, V, 3,1)

La sabiduría pagana respondía al problema de la enfermedad como mal diciendo que esta atacaba al cuerpo, pero no al alma; dentro de este esquema de alma y cuerpo, especialmente los estoicos se decían indiferentes al sufrimiento. La respuesta patrística es que se toleran los males del cuerpo con la esperanza de los bienes definitivos, en comparación con ellos los males de aquí no cuentan.

Así nos dice Clemente de Alejandría: «En el teatro de la vida el verdadero gnóstico desarrolla a la perfección el papel que Dios le ha encargado y sabe que debe hacer y que debe soportar» (San Clemente de Alejandría, *Stromata*, VII, 63,1-65,6).

Y, cuando los epicúreos se preguntan sobre la causa del mal manifiestan:

O la divinidad no quiere eliminar el mal o no puede hacerlo; o bien, puede, pero no quiere; o quiere, pero no puede. Si puede, pero no quiere, es hostil al hombre, un atributo que según todos piensan no le deberá convenir. Si no quiere y no puede, a la vez que hostil es débil y entonces no sería una divinidad. Si quiere y puede, y esto es solamente lo digno de la divinidad, ¿de dónde viene el mal por qué Dios no lo elimina? Los Padres dan su respuesta a esto en tres partes; ellos manifiestan que: El mal moral es producido por la libertad del hombre; Segunda, el mal corporal es el bien o medio que Dios nos da para probarnos; Por último, el mal corporal es un bien que significa la elección que Dios hace del que sufre. (Minucio Félix, *Octavius*, 36)

Minucio Félix dice: «El hecho de que nosotros los cristianos sintamos y suframos las debilidades del cuerpo, no es un castigo sino un entrenamiento, la fuerza se reafirma con la debilidad» (Minucio Félix, Octavius, 36).

Mientras Orígenes afirma:

Dios ha creado los males corporales para que por su medio nos convirtamos. ¿Qué de extraño puede tener esta doctrina? Nosotros, abusivamente llamamos males a las penas que nos infligen los papas, los maestros, los pedagogos. Son como aquellas «penas» que sujetan los médicos a sus pacientes que para curar cortan o cauterizan, y no los culpamos. Por esto se dice Dios induce estos males para convertir y sanar a quien lo necesita, y esto no es absurdo ... por ello ÉL produce males corpóreos exteriores para purificar y corregir a aquellos que no se dejan amaestrar con la palabra y la sana doctrina. (Orígenes, Contra Celsum, VI, 55-56)

San Irineo de Lyon afirma:

El trigo, esto es, lo que se trae como fruto de la fe en Dios, viene depositado en el granero. Por esto es necesaria la tribulación para aquellos que son salvados, para que después de ser de alguna manera triturados y aplastados, y después cocidos al fuego, por medio de la paciencia y con la Palabra de Dios, sean aptos para la fiesta del Rey. (S. Irineo, Adversus Haereses, V, 28,24)

El sufrimiento en el mundo contemporáneo

El ser humano de hoy, que pertenece a una sociedad moderna, llena de avances tecnológicos y científicos, tiende a silenciar la pregunta sobre el sufrimiento. Esto es algo que prefiere eludir y olvidar que es una realidad con la cual debe convivir.

La vida del hombre y la mujer de hoy se concentra en lo económico y en lo político. Se sienten perdidos y sin una posible integración, pues no tienen ni sentido ni rumbo. La función del sentido, que antes daba la religión, es relegada solo a lo privado, sin injerencia en la economía o en la política.

El hombre ocupa el puesto que antes le asignaba a Dios. Este hombre ya no es el centro de la naturaleza que bajo el dominio de Dios domina todas las cosas, sino una pequeña parte de la naturaleza como las plantas y los animales (Lozano, 2003).

El cardenal Lozano (2004) desarrolla las cuatro épocas del hombre:

El primer hombre fue el de la cultura filosófica griega, el segundo hombre, el de la cultura medieval cristiana, el tercer hombre, el hombre científico de la modernidad; ahora estamos frente al cuarto hombre, el hombre del consumo y del audiovisual. Es en esta época que se afirma: «Dios ha muerto, sin embargo, se puede todavía creer en Dios; las dos cosas en el fondo se equivalen» se ha llegado a un punto de una indiferencia total donde el hombre post – moderno permanece solo, débil, pobre e inseguro; al perder a Dios ha perdido su propia identidad.

En consecuencia, se vive concentrado en el presente, dejando en el olvido lo que se aprendió en el pasado y proyectándose a un futuro en el que se puedan mejorar ciertos aspectos, producto de la experiencia y la reflexión; «el primero y segundo hombre eran una síntesis equilibrada de historia y meta historia. Tal síntesis fue destruida por el tercer hombre que sustituyó la religión y la filosofía con las ciencias» (Lozano, 2016).

El sufrimiento, en la fase terminal, no es agradable, ni bueno ni útil para nadie, por eso no tiene sentido, hay que eliminarlo por cualquier medio posible, con el suicidio, eutanasia, etc. Se invita a los superhombres, los «cosmopolitas» (Engelhardt, como se citó en Lozano, 2016); son los expertos en biogenética quienes se encargan de la eliminación ayudando al paciente terminal «a morir con dignidad» según ellos.

En síntesis, Lozano (2016) señala:

Este cuarto hombre es un hombre sin calidad, ha pasado de la tecnología de las necesidades a la tecnología de los deseos. Para este hombre no es lo mismo persona que individuo; la persona

es solo un conjunto de actividades o propiedades, como las operaciones mentales, la autoconciencia, la sensorialidad, la capacidad comunicativa y la representatividad simbólica. En el caso de que estas actividades no se den, no se es persona sino solo individuo. Con estas apreciaciones se explican la licitud de la destrucción de embriones, de la clonación terapéutica, de la eugenesia, la eutanasia, etc. Pero por otro lado él aceptar la vida significa también tomar acto de la realidad del sufrimiento y la muerte.

Al hablar de sufrimiento se debe hacer una distinción decisiva: el sufrimiento como tal no es lo mismo que el dolor. El sufrimiento es más psicológico, está relacionado con la persona y lo conecta con otros factores (personalidad, actitudes ante la vida, vigor espiritual, etc.); lo causa no solo el enfermo, sino también su entorno.

Al respecto Juan Pablo II señala:

El sufrimiento es algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y a la vez más profundamente enraizado en la humanidad misma; el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera duele el cuerpo, mientras que el sufrimiento moral es dolor del alma. Se trata, en efecto, de dolor de tipo espiritual, y no solo de la dimensión psíquica del dolor que acompaña tanto al sufrimiento moral como al físico. (1984, p. 5)

Mientras que el dolor hace referencia al orden de lo somático, de lo fisiológico y definido como sensación desagradable producida por la acción de estímulos de carácter perjudicial (Florez, s. f.).

Debe quedar clara la distinción, no es lo mismo decir «me duele mucho» que «sufro mucho», es más fácil aliviar el dolor con un medicamento, no al sufrimiento, pues este proviene del alma.

En la cultura actual, especialmente en los países desarrollados, resulta esencial rechazar el sufrimiento, tanto así que se observan comportamientos obsesivos como la repetición de exámenes clínicos y el empleo excesivo de

medicamentos. Lo que evidencia que el hombre de hoy tiene confianza casi exclusiva en las potencialidades de la técnica. El aumento de la sensibilidad psicológica ha tenido como consecuencia una fuerte intolerancia contra toda forma de sufrimiento.

Esto hace que el índice de tolerancia frente a las sensaciones de frustración se haga menor; provocando con ello una incapacidad para soportar el padecer, aumenta, por ende, el sufrimiento. Aramini (2001) pone énfasis en lo siguiente:

Las inevitables desilusiones hacen crecer una categoría de personas, gravemente dolientes, los así llamados cansados de la vida, que oscilan entre un sentido de fatalismo y el deseo de suicidio. A pesar del sofisticado aparato analítico para analizar las causas del sufrimiento, a pesar del crecimiento de elegantes medios técnicos parece que el hombre de hoy sea más frágil frente al sufrimiento. (pp. 136-137)

Se llega al punto de preferir que la muerte pase desapercibida, en el anonimato. Se elige no hablar de la muerte, a pesar de aceptar que puede ocurrir en cualquier momento; sin embargo, es un tema que mejor es no tocar y menos con los moribundos. Es de notar que hoy en día ya no se enseña a morir. Según Bermejo (2003) «los niños ya no ven como mueren los ancianos; así la mayor parte de la gente se encuentra con la muerte por primera vez en la suya propia» (pp. 37-63).

La lucha de hoy, por evitar el sufrimiento, tiene quizás su raíz en la práctica de la eutanasia. Esto guarda relación con la idea de la supremacía aria, que impulsó a Hitler a retomar este concepto de vidas indignas de ser vividas. Es lo que en la actualidad se puede entender como una búsqueda incansable de placer, en donde todo dolor o sufrimiento queda prohibido. El sufrimiento, desde esta perspectiva, coloca a la humanidad en el campo de la tentación; es decir, de cerrarse en sí mismo, de ponerse demasiado exigente, de no aceptar sus propios límites, del infantilismo, de rebelión neurótica, pero, sobre todo, de poner en tela de juicio la bondad de Dios.

El dolor salvífico

Cuando se habla de sufrimiento se produce una reacción frente a lo que se considera un gran misterio, como la revelación cristiana; a lo largo de la historia concreta del hombre dentro de la espiritualidad es esencial la muerte como ofrecimiento total por los hermanos, es esencial a ella el sufrimiento y el dolor como ofrecimientos que están iluminados desde la resurrección del Señor. Por lo tanto, no sería adecuado hablar de la espiritualidad del dolor, eso sería una redundancia, sino más bien que la espiritualidad es dolor oblativo y el dolor oblativo es la espiritualidad.

En función de ello, es el Espíritu Santo quien da la espiritualidad, al unirnos a Cristo muerto y resucitado es el Espíritu quien nos conforma al modelo y esta conformación aparece como la realidad cristiana, y como el centro de la misma.

El preguntarse del porqué de la muerte no puede separarse del contexto histórico de la humanidad, pues dentro de él tiene como fuente de su devenir la culpa del primer hombre. Es así que la culpa es el mal verdaderamente, y que el dolor es su consecuencia, pero este dolor espiritualizado se vuelve solidariamente fuente de vida, siendo esta la única vida, en la resurrección.

Debe distinguirse entre el mal y el dolor, el dolor viene por un mal y si este mal se encierra en sí mismo no tiene ninguna explicación convirtiéndose en un algo absurdo, que no tiene ningún sentido, desembocando en la misma muerte como final de todo.

Al espiritualizar este dolor, se une con el dolor de Cristo y al de los demás y se vuelve la única fuente de inmortalidad:

Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad ... cuando falta ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor,

quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación¹.

Es por eso que el problema del mal solo tiene explicación desde la fe, en una espiritualidad de donación a Dios y una espiritualidad de donación al hombre.

A propósito de lo desarrollado, es pertinente aclarar que no se debe privilegiar, ni buscar el dolor, pues pensando de esta manera se caería en el sadismo. El dolor de por sí no es bueno, lo que sí es bueno es la espiritualidad del dolor, el dolor es un mal que se espiritualiza para vencerlo.

En este sentido, Juan Pablo II (2004) se manifiesta sobre la parábola del buen samaritano en la que se habla del sufrimiento, de curar el dolor y cuidar al que sufre más: «El hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»². El buen samaritano es la persona con ese don. Son tres momentos fundamentales que el cristiano debe respetar en su relación con el que sufre: primero, detenerse, fijarse en los sufrimientos y tener compasión; segundo, actuar; tercero, ofrecerse espontáneamente a ayudar, es la solidaridad o la espiritualidad del dolor la que nos exige hacerlo.

Juan Pablo II (1984) reitera que es el Espíritu de amor que nos identifica con el que sufre, teniendo presente a un Cristo muerto, pero principalmente resucitado; lo que nos lleva a asistir, a aliviar al que sufre. Es que el sufrimiento es sobrenatural y a la vez humano. Es sobrenatural porque se arraiga en el misterio divino de la redención del mundo, y es humano porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión³.

¹ G.S. 10-21.

² G.S. 24.

³ S.D. 31.

Conclusiones

Etimológicamente *sufrimiento* significa pena o dolor. En la Salvifici Doloris se lee: «Semeja ser esencial a la naturaleza del hombre. Semeja ser, y es, casi inseparable de la existencia terrenal del hombre, nadie puede decir que las puede evitar. Quien dice hombre, también dice límite y sufrimiento» (Juan Pablo II, 1984).

En situaciones extremas, por llamarlo así, el dolor termina exponiendo lo que en otras situaciones no se haría; el sufrimiento puede llevar a la persona a parar por un momento su vida caótica, desenfrenada, y hacer una autoevaluación, mirar sus circunstancias con una óptica distinta, solo frente al mundo y sin nada.

Como afirman Cabanyes y Monge (2017):

El sufrimiento puede fortalecer, asentar a la persona, y en ese sentido es una ayuda en la adquisición de las virtudes, remueve al ser humano y le recuerda que este no es su sitio; ayuda a trascenderse y a la creatividad; es capaz de actualizar la esperanza. Este une a las personas, el que ha sufrido comprende mucho mejor a los demás.

Mán aún, significa obrar, significa crecer y también madurar; en efecto, el ser humano que se supera, madura a su mismidad; por ello, el sufrimiento es un proceso de maduración que se basa en que el ser humano alcanza la libertad interior, a pesar de la dependencia exterior (Frankl, como se citó en Noro, 2016). De acuerdo a ello, para descubrir el sentido de la propia vida, existen tres experiencias principales, el amor a una persona, el servicio a un ideal, y el enfrentarse al sufrimiento inevitable; por su propio espíritu, el hombre, es superior a los padecimientos y capaz de encontrar el significado. En cambio, huir del dolor es receta segura de neurosis; «la verdad nos libera del sufrimiento, mientras que nuestro estar libres de sufrimiento no sería capaz ni mucho menos de acercarnos a la verdad» (Frankl, como se citó en Filosofía Perú, 2022).

La logoterapia, de Frankl, es el método de tratamiento psicoterapéutico que parte del espíritu y está centrado en la búsqueda de sentido; se presenta

como una buena alternativa porque educa en la responsabilidad y le da a la persona herramientas para alcanzar plenitud en su vida y darle sentido a su propia existencia (Frankl, 1994). A diferencia de la psicoterapia que parte de la dimensión psicológica, la logoterapia parte desde la dimensión espiritual. Frankl se apoyaba en la dimensión trascendente de la persona con el objetivo de conducirla a la autodeterminación sobre la base de su propia responsabilidad; de esta manera lograba solidificar el sentido individual, llevándola a las causas que tengan que servir o a las personas para amar (Frankl, 1994).

En la logoterapia, la búsqueda de sentido se convierte en un objetivo propio, que no puede ser restringido por nadie, es la esencia misma de su humanidad (Frankl, 1994). Si la persona la reprime en su interior encontrará un vacío existencial, pero si se consagra en esta búsqueda verá su vida, no solamente plena de sentido, sino plena de los beneficios derivados de una existencia significativa, entre los cuales se encuentran la paz espiritual, la estabilidad mental y la capacidad de desarrollar un proyecto de vida autotranscendente (Frankl, 1994).

Son beneficios que se pueden alcanzar en tanto el ser humano se proponga conscientemente llevar a cabo su consecución y disfrutarlos como los resultados indirectos de su búsqueda de sentido. Para Frankl (1994) la persona busca incansablemente el sentido de su vida, es decir, se pregunta para qué de su existencia y se siente frustración o vacío cuando no encuentra respuesta. El sentido es el motivo, la razón que impulsa en la búsqueda para lograr algo o para ser de una manera determinada, el sentido orienta y ubica. No es preciso crear o establecer el sentido porque ya existe; la labor de cada ser humano es hallarlo y reconocerlo. Como bien lo indica Frankl (1994): «El sentido no te lo pueden dar ni la sociedad, ni tus padres, ni tu terapeuta, ellos pueden ofrecerte respuestas significativas a tu situación, pero solamente tú puedes descubrir la más significativa para ti».

Referencias

- Aguilera, M. (2012). Por qué nos duele la vida [Editorial]. *Crítica*, (981). <http://www.revista-critica.com/la-revista-editoriales/22-por-que-nos-duele-la-vida>
- Aramini, M. (2001). *Introduzione alla Bioetica*. Ed. Giuffrè S.P.A.
- Arinze, F. (1996). La pedagogía del sufrimiento en las diversas religiones. *Dolentium Hominum*, 31, 194-197.
- Bermejo, J. C. (2003). *La muerte enseña a vivir*. San Pablo.
- Cabanyes, J. y Monge, M. Á. (2017). *La salud mental y sus cuidados*. EUNSA.
- Filosofía Perú. (2022). *Entrevistas a filósofos y humanistas (textos y videos)*. <https://filosofiaperu.wordpress.com/entrevistas/>
- Florez, J. (s. f.). Una hermosa historia sobre el dolor. *Labor Hospitalaria*, 273-283.
- Frankl, V. E. (1994). *El Hombre Doliente, fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. Herder.
- Frankl, V. E. (2000). *En el Principio era el Sentido* (H. Piquer Minguijón, Trad.). Paidós.
- Juan Pablo II. (1984, febrero). *Carta Apostólica Salvifici Doloris*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1984/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris.html
- Juan Pablo II. (2004, 2 de junio). El sufrimiento camino de «liberación interior». Meditación en el Salmo 40 «oración de un enfermo». Zenit_. <https://es.zenit.org/2004/06/02/juan-pablo-ii-el-sufrimiento-camino-de-liberacion-interior/>
- Lozano, B. J. (2000). *Teología y Medicina*. SELARE.
- Lozano, B. J. (2004). El nuevo paradigma: Bioética cerrada y Bioética abierta hacia lo trascendente. *Bioética Ciencia y Salud*, VI(1), 25-26.
- Lozano, B. J. (2016, 22 de julio). Cristianismo, Posmodernismo y Depresión. *Ser psiquiatra hoy*. <https://serpsiquiatrahoy.blogspot.com/>
- Noro, J. (2016). *Filosofía, logoterapia y análisis existencial*. EDOC. <https://edoc.pub/322-filosofia-logoterapia-y-analisis-existencial-3-pdf-free.html>
- Spaemann, R. (2004, 15 de abril). *El sentido del sufrimiento: distintas actitudes ante el dolor humano*. www.interrogantes.net